

LECTURAS DE LO CONTEMPORÁNEO / ACTUALIDAD DE LA CLÍNICA

Apasionados por el cuerpo

María del Carmen Arias

Las pasiones son tema de interés para el psicoanálisis y es a partir de J. Lacan que se conciben como un nudo entre pensamiento y afecto y no como una oposición. En la práctica clínica el tratamiento de las pasiones se encuentra presente.

Hay una transformación de las pasiones a lo largo del tiempo que ha incidido en cómo los jóvenes viven la sexualidad.

Éric Laurent nos habla de dos tipos de pasiones: las pasiones del ser o pasiones del lazo con el Otro y las pasiones del objeto *a*. [1]

Las primeras responden a la pasión del significante en el momento en que J. Lacan define al sujeto del inconsciente como falta en ser. Esto va a originar una pasión del ser que se irá a buscar en el Otro. Posteriormente la concepción del *parlêtre* considerado como un sujeto que además tiene un cuerpo permitirá una lectura renovada.

Las pasiones del objeto *a* toman su valor luego de que el Ideal se debilita y como lo señala J.-A. Miller “hay un ascenso al cielo social, socielo, del objeto *a*”. [2]

Actualmente no abundan los grandes ideales y el cuerpo ha pasado a ser objeto de pasión del que se ocupan los distintos discursos, entre ellos el psicoanálisis. La pasión por el cuerpo ha desplazado la pasión por el ser, y reenviaría a una nueva relación en la vida sexual en los jóvenes.

Tomaré dos referencias de épocas distintas, “El despertar de la primavera”, [3] obra teatral clásica, y la música en una de sus manifestaciones populares actuales. Me refiero a *Maluma*, el artista colombiano de la música urbana de mayor impacto en Latinoamérica.

Frank Wedekind escribió “El despertar de la primavera” en 1891. Fue algo escandaloso para esa época ya que toca temas relacionados con la sexualidad. En las habituales reuniones de los miércoles de la sociedad psicoanalítica de Viena, en 1907, se realiza un tratamiento de esta obra y es S. Freud quien reconoce que “es meritoria” (...) “es un documento de la historia de la civilización”. [4]

Los personajes de este drama son un grupo de adolescentes entre 14 y 15 años de edad, quienes van planteando a lo largo de tres actos los deseos, intereses y conflictos típicos de esa etapa. La sexualidad, el amor y la muerte entrecruzarán sus vidas.

Vemos surgir en el desarrollo de esta obra manifestaciones de una severa represión, falta de información, secretos, pudor, vergüenza, autoridad encarnada en los padres y la escuela. Cuestiones que ya no operan como entonces.

J. Lacan se refiere a esta obra y habla de la primavera al igual que Wedekind para referirse a la pubertad, pero además habla del despertar de los sueños. Estos tienen un valor de suma importancia para el sujeto y Lacan [5] afirma que los muchachos no tendrían ninguna relación con las muchachas si no tuvieran los sueños para guiarse. Los sueños de cada uno están relacionados con la posición fantasmática. Los personajes tienen largas conversaciones acerca de los mismos, buscan respuestas que den sentido, hay una pasión del lazo con el Otro.

Sobre el final de la obra, que tiene lugar en un cementerio, aparece un personaje, el hombre enmascarado. Lacan se refiere a él como aquel que marca un camino, como uno de los Nombres del Padre. Orienta en una posición sexuada y deseante a Melchor, uno de los personajes, a quien alienta a salir del cementerio, ofreciéndole la posibilidad de mostrarle el mundo.

Decimos que a pesar de ser una obra antigua mantiene su vigencia, se la sigue representando en teatro y comedias musicales. Pone en escena la respuesta que cada uno va encontrando frente a lo traumático de la sexualidad, al despertar sexual. Por eso hablamos de un clásico.

El despertar no tiene que ver con los cambios hormonales ni con la aparición de los caracteres secundarios que sí tienen un efecto al modificar la imagen del cuerpo. No representa un problema de ilustración sexual que podría ser distinto en cada época.

El despertar surge como efecto de un encuentro con lo real del sexo, irrupción que desestabiliza el anudamiento del cuerpo real y la imagen en la medida en que obliga a una nueva definición sexual. Es un verdadero traumatismo, *troumatisme*[6] frente al cual cada uno inventa su propia respuesta sin que haya una ley universal.

Otros modos de vivir la pulsión:

Pasemos a *Maluma*[7], cabe preguntarnos sobre la clave de su éxito, quisiera detenerme en la letra de alguna de sus canciones:

En "*Felices los 4*" nos dice: "aunque de a ratos te vayas con otro, *somos ajenos y así nos queremos*, y lo hacemos otro rato".

La canción "*Desde esa noche*" en su estribillo dice: "desde esa noche te extraño en mi habitación, creo que puedo caer en una *adicción* pero me da *miedo enamorarme* de ti".

"*Borro casete*" plantea una queja masculina: "como me dices que no te acuerdas como mi cuerpo te calienta, y ahora me dices que *borro casete*".

"*La curiosidad*" afirma "no quiero ser tu hombre solo matar la curiosidad, *evitemos el contacto*, yo sé tu punto exacto".

Nos encontramos con la propuesta de una relación con el objeto de tipo adictiva, donde el circuito pulsional parece acortarse en su trayecto. El lazo con el Otro no contempla el amor, más bien aparece una búsqueda de exclusión del Otro de los medios de goce. Se pretende una relación inmediata con lo que hace gozar el cuerpo independiente del significativo y hasta de los sentimientos.

En la actualidad el fantasma ya no orienta como antes. La caída del padre y la desregulación del goce propios de la época hacen que haya una desorientación en las relaciones sexuales. El marco del fantasma a través del cual se percibe la realidad es el velo que cubre lo real de la sexualidad. Habría un intento de abolir la ventana para lograr ver todo absolutamente, la sexualidad parece volverse a la carta. No hay un fantasma que muestre "la soldadura invisible entre la pulsión y su objeto"[8], al decir de S. Freud.

Esta pasión por el cuerpo es lo que podemos llamar pasión del objeto *a* como asexual. Una nueva relación con la sexualidad, que estaría como cortada de todo encuentro con un Otro. Como si se pudiera transformar el cuerpo en una máquina de gozar y detentar el goce.

Los jóvenes se presentan desorientados y empujados a gozar. J.-A. Miller[9] nos habla del estilo de las relaciones sexuales en los jóvenes: desencanto, brutalización, banalización. Acentuando una vacuidad semántica frente a una furia copulatoria.

En la experiencia de un análisis solemos encontrarnos con un cuerpo habitado por el silencio pulsional, un cuerpo que no habla a nadie. Se trata entonces de dar lugar a un cuerpo hablante a partir de su relación con el inconsciente.

Observamos que las relaciones sexuales se presentan como tratando de abolir el lazo del amor o del deseo. Sin embargo el goce no deja de estar presente, por eso nos ocupamos del cuerpo.

NOTAS

1. Laurent, É., *Los objetos de la pasión*, Tres Haches, Bs. As., 2004.

2. Miller, J.-A., Una fantasía, *Revista Lacaniana de Psicoanálisis* N° 3, Grama ediciones, Bs. As., 2005.
3. Wedekind, F., *El despertar de la primavera*, Letra Viva, Bs. As., 2017.
4. Wedekind, F., *El despertar de...*, Intervención de Sigmund Freud sobre El despertar de la primavera. Apéndice, *op. cit.*, p. 111.
5. Lacan J., El despertar de la primavera, *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Bs. As., 1988
6. *Troumatisme*, juego de palabras en francés entre *traumatisme* (trauma) y *trou* (agujero).
7. <https://es.wikipedia.org/wiki/Maluma>
8. Freud S., *Las aberraciones sexuales, Tres ensayos de teoría sexual*, (1905), Obras completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
9. Miller, J.-A., El inconsciente y el cuerpo hablante, *Revista Lacaniana de Psicoanálisis* N°17, Grama ediciones, Bs. As., 2014.